

El pobre siglo de oro

De cómo «La Mancha» se emparentó con Persia, la Provenza, Grecia, Constantinopla, la Bretaña y otras famosas regiones del orbe en la memoria de los que se complacen enloqueciendo a causa de la mucha lectura

¿Qué desdicha desconoció don Miguel de Cervantes? Lo cual quizá equivalga a preguntar: ¿con qué experiencias dolorosas edificó su compasión? Hasta en el día de su misma muerte fue perseguido por la calamidad: su cadáver, vestido con sayal franciscano, fue el tristísimo protagonista de un sepelio de caridad. ¿Recordáis que los pobres no quieren morir de caridad? Guardan su ropa pulcra y almacenan monedas veniales para no tener que deber el entierro: es el último gesto de conmovedora arrogancia —o quizá de consideración para con sus familiares y vecinos, tan pobres como ellos— que los depauperados de la vida se consienten al pensar en los gastos que origina el restituir al polvo la existencia. Ni ese alivio le cupo a Miguel de Cervantes: sería enterrado de limosna.

El humor y la pena —es decir, la sabiduría— calcifican el prodigioso estilo de Cervantes. La pena y el humor asistirían puntualmente a su entierro. La pena ya ha sido mencionada: de caridad viajó a las sombras. Y el lugar donde fuera enterrado parece preparado por la ironía: encontró sepultura en el convento de las Trinitarias, en la calle que entonces se llamaba de Cantarranas y que más tarde llevaría por nombre el de aquel dramaturgo cuyo éxito tanto enviadara don Miguel: el nombre de Lope de Vega. ¿Fue una desdicha más para Cervantes: envidiar la fama de Lope? Cuesta trabajo suponerle a Cervantes una envidia tan trivial, y tan innecesaria. Tal vez no le envidió la fama: le envidió la fortuna. Le hubiera proporcionado un poco de felicidad el ser tan gran poeta —que no lo fue, y él lo sabía— como Lope de Vega. Pero quizá no le envidió su gloria como drama-

turgo (los *Entremeses* y algunas obras mayores de Cervantes resisten con placidez su comparación con la genialidad escénica de Lope) sino tan sólo sus dineros y los vaivenes de la buena suerte. Una suerte que a Miguel de Cervantes le fue servida en gotas, mientras que la mala fortuna lo cubriría toda su vida, como una inundación. Los usureros registraron el nombre de Cervantes en sus papeles agazapados de penumbra; las deudas se le aferraron a las calzas como fauces de perros catapultados por la rabia o amaestrados por la impiedad; la pobreza se le pegó a la piel como una testarudez hedionda que lo acompañaría desde la infancia hasta la muerte. Otras humillaciones le arrimó la mala fortuna y, de entre todas las humillaciones, dos de ellas se restriegan contra Cervantes como parches de sarna: la decepción y la vergüenza: a Ysabel de Cervantes, su hija, a su sobrina, a sus hermanas, el vecindario solía llamarlas «las cervantas» y fue asentado en declaraciones judiciales que por la casa de aquel miserable escritor «entran de noche y de día algunos caballeros (...) de que en ello hay escándalo y murmuración». En el siglo llamado de oro, los ricos ambicionaban que brillase su honor, los pobres que resplandeciese su honra: a Cervantes lo cercó la deshonra: no desconoció las medias risas de los vecinos en la esquina, la brutalización de su propio apellido («las cervantas»), la caída de su propia estima al precipicio de la murmuración; tampoco desconocería la deshonra de ser encarcelado (antes había probado la deshonra del encarcelamiento de su padre). Sabemos que en el pobre, la deshonra, que puede ser un accidente, o una fatalidad, se convierte en una tortura. La honra es la única solemnidad civil que parece quedarle al pobre; las cárceles y la pobreza y las murmuraciones y los deudores y las hambres, al deshonrarlo de manera tan sofocante, harían de Cervantes un pobre sin solemnidad: una criatura despreciada por la fortuna y lamida por la vergüenza. ¿Qué desdicha desconoció aquel hombre?

El destino no quiso apartarlo tampoco de la carcoma de la decepción, esa dentadura sigilosa y voraz que transforma las ilusiones, las esperanzas, y aún los merecimientos, en un charco de angustia y de ruina, donde la realidad, al mojarse, reaparece con el talante de la claudicación. Las ilusiones —y los merecimientos— de Cervantes claudicaron uno tras otro, después de visitar los soñolientos archivos del Poder. Soñó con viajar a las Indias, pero los gobernantes no le otorgaron jamás un nombramiento. Quiso servir a algún señor, pero ningún señor del siglo llamado de oro condescendió a rebajarse a ser servido por Miguel de Cervantes. Aspiró a ocupar una casilla en la colmena de la burocracia, pero ninguna miel, ni siquiera la miel generalmente amarga que el Poder consiente lamer a sus sirvientes, le estaba destinada. Cuando, tras sus años de cautivo en Argel, y tras haber probado su coraje intentando escapar cuatro veces con el riesgo de ser por ello castigado cuatro veces a muerte, pensó que ese coraje era una aldaba que sonaría en el pecho de su Gobierno, se equivocó. Los aldabonazos del arrojo y la fidelidad de Cervantes no estremecieron nunca el tórax de la Administración. Cuando supuso que su mano tullida para siempre —una medalla inmóvil conseguida por su arrojo de combatiente contra el turco en Lepanto— motivaría la admiración de un gobernante, el apoyo de un alto personaje de la Corte, el puesto, en fin, que le consentiría comer todos los días y poder entretener algunas horas apacibles en los esfuerzos de la literatura, se equivocó. Sólo obtuvo un papel que lo convirtió en comisario de abastos, y si durante algún escaso tiempo

soñó con que ese trabajo había de serle conveniente para su calma, su bolsa o su prestigio, se equivocó también: sólo fue conveniente a su conocimiento de la miseria y de la picardía de la sociedad española; al escritor aquello le fue útil: a la persona que se llamó Cervantes el trabajo de comisario de abastos le fue simplemente infernal: le haría conocer la cárcel de Castro del Río y, más tarde, la prisión de Sevilla. La decepción había quedado definitivamente lacrada sobre su corazón. En ese corazón, la desdicha y la compasión se besaron la boca, el desengaño y el humor se besaron la boca, la pena y la genialidad se besaron la boca, y aquellos besos misteriosos se transformaron en un libro al que entramos riendo y del que salimos llorando: el único libro del mundo en donde las risas y las lágrimas son igualmente misteriosas y equitativamente compasivas. Escudriñando entre la historia de los hombres, nadie ha logrado descubrir otro libro tan compasivo, tan alegre, tan grande ni tan triste.

El autor de ese milagro literario tan fiera y dulcemente defendido por la inmortalidad fue, pues, uno de los hijos más desdichados de la España penosa y pobre del siglo llamado de oro. Tanta desdicha y tanta pena —a la vez cervantinas y españolas— se fueron transformando, dentro del corazón de Miguel de Cervantes, en un raro manantial de piedad, y hoy ya no es ilegítimo hacer esta pregunta: ¿ha habido en la literatura una piedad mayor que la que propaga ese libro? Y una pregunta más: ¿hubo en su tiempo una mirada más misericordiosa? Y he aquí que llega, al fin, la pregunta para cuya mendicidad se escribe la limosna que es esta página: ¿no sería desde su mirada, tan opulentamente compasiva, desde donde Cervantes decidiera el lugar raro y conmovedor, la tierra misteriosa y exacta en que habría de nacer y vivir su prodigiosa criatura? ¿No sería la piedad lo que indujo a Cervantes a que fuese en La Mancha en donde don Quijote naciera, enloqueciera por amor a los libros y decidiera echarse a hacer el bien por aquellos caminos polvorientos? Mirando aquellas tierras españolas, mirando aquellas gentes que carecían de la resonancia de la imperial Castilla y del brillo de la cercana Andalucía, mirando aquella porción de la España sedienta, donde el trabajo y el cansancio sofocaban el día y alargaban la noche, ¿sintió piedad Cervantes? Durante muchos años miró aquella realidad lastimosa. Es lícito conjeturar que llegó a sentir lástima, y que acaso la lástima fuese lo que animó a Cervantes a escribir, junto al nombre de Don Quijote, el nombre de La Mancha en la cubierta de su libro mago.

Es cierto: algunos cervantistas no se resignan a una deducción tan cervantina y nos hacen proposiciones de más erudición: los libros de caballerías (y *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha* es, también, una sátira de aquellas aventuras, como los eruditos nos recuerdan) solían ser más pomposos que los relatos de Cervantes, comenzando por el lugar de nacimiento o fama de sus héroes: Constantinopla, la Provenza, Persia, Grecia, La Pequeña Bretaña... Don Miguel de Cervantes habría escrito «La Mancha» en la primera línea de su relato impar para escarmiento y burla de los lectores de libros de caballerías. La deducción «está muy bien, está bien, no está mal»: debemos respetarla. ¿Pero no habría algo más que afán de burla en la elección de aquella tierra como escenario de las hazañas del loco más generoso y compasivo de la historia de la literatura? Dejemos formulada esta pregunta sobre la mesa de los eruditos: a ellos suele agradecerles la actividad de hallar respuestas. Es una buena actividad. Pero nosotros sigamos preguntando.

¿De manera que fue por esta tierra por donde deambuló para siempre aquel loco? ¿Qué vio Cervantes en esta llanura exagerada, paciente y casi clandestina, que le llevó a elegirla para depositarla en la inmortalidad, ese lugar donde a los siglos se les mellan los dientes? Hemos de imaginar a don Miguel mirando parsimoniosamente toda esta horizontalidad, leyéndole sus poblaciones apagadas, sus caminos humildes, alucinados, su cebadal sediento. Vería las amapolas rojas disputándole su monólogo al verde del centeno; vería la vestimenta lujosa de la espiga de avena; vería la grama enrareciendo los liegos en reposo o confundiendo sus raíces blanquipardas con los barbechos recién removidos; vería la hambre de agua en los hierbajos de las lindes. Se sentaría, quizá, contra el furor de cierzo, al abrigo de una pedriza. ¿En qué momento decidió que habría de ser aquí, en este dilatado andurrial donde se va perdiendo el ceño austero de Castilla la Vieja y que carece de la excelsa lujuria de la cercana Andalucía? Tierra de paso y finalmente tierra eterna. Tierra donde los árboles —¡tan pocos!— parecen patriarcas que se han quedado solos, exhalando su conocimiento del mundo en silencio y a nadie. Quizá durmió cien veces, y soñó más de cien, con la cabeza resguardada entre la sombra de la pámpana, hurtándose de la violencia estereofónica del agosto caliginoso. Quizá se recostaba a meditar (¿nos damos cuenta? Pensaba en Alonso Quijano: ¿nos damos cuenta?), quizá reflexionaba en la umbría de los pareazos, y luego, descansado —o inquieto— se levantaba, se internaba en las calles de polvo, buscando la posada fresca y sirviéndose de sus párpados para que el espejo calcáreo de las fachadas blancas no le lastimase los ojos.

Quizá sintiera lástima. Cuando el gran energúmeno ruso a quien la gloria recuerda con el nombre de Dostoievski dijo que *Don Quijote de La Mancha* es el libro más grande y más triste del mundo, sin duda había advertido que aquel alcabalero manco había com-



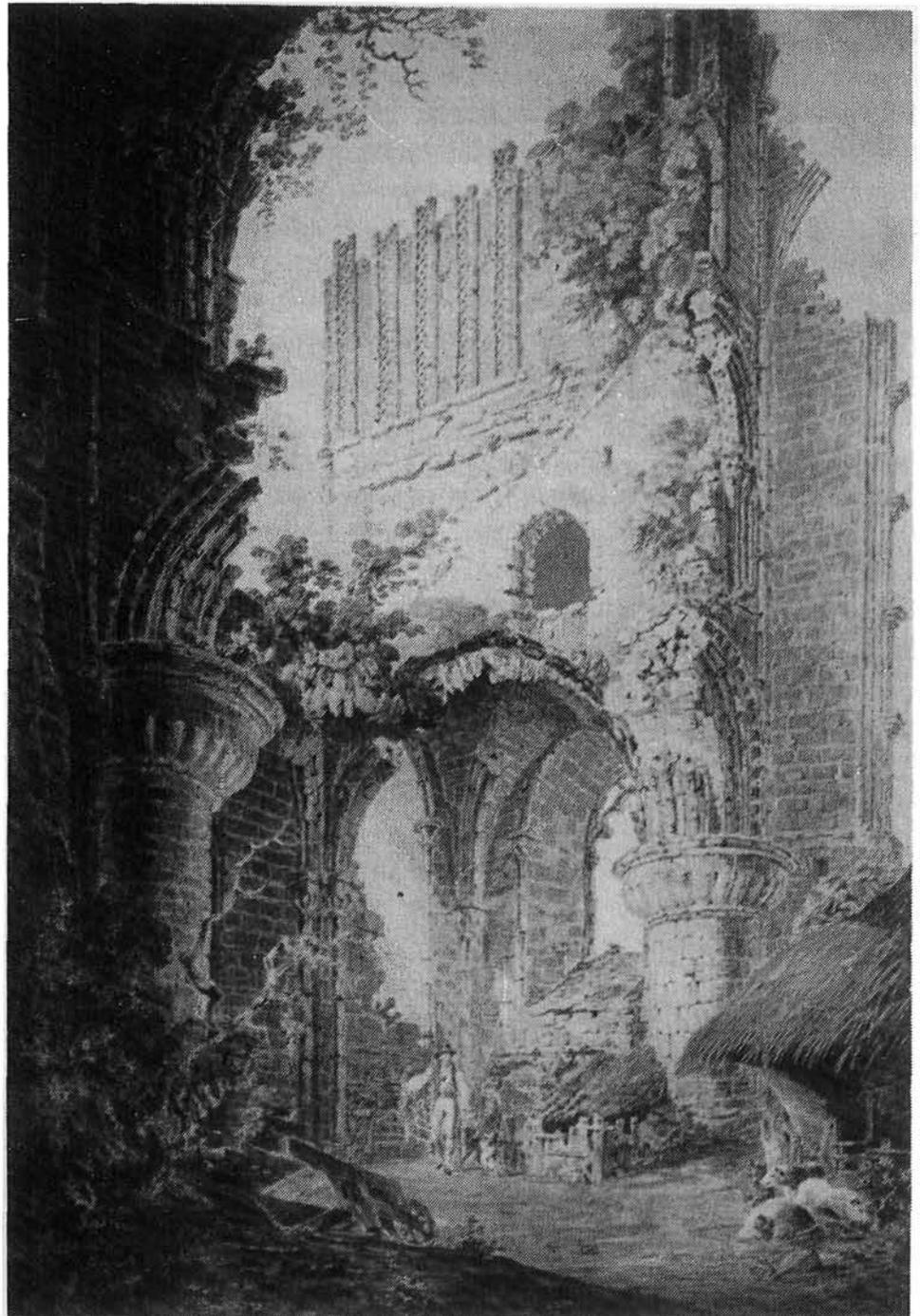
Gustavo Doré:
Grabado

puesto en ese libro, junto a otros muchos mensajes ejemplares, una epopeya de la misericordia. ¿Quién, conociendo que el sabio es genial en cada detalle de su obra, no advertiría que la presencia de La Mancha como paisaje geológico y humano de la novela más grande del mundo no pudo ser sino elección meticulosamente deliberada y sopesada? Tal vez, Cervantes eligió ayudado de la piedad. Debió de ver con una ternura compasiva a la magra alacena, el sudor cotidiano del campesino parecido al mendigo y abandonado de unos siglos llamados de oro, las grietas que en la cara de los trabajadores iban labrando el ábrego y la desesperanza. Debió de ver la inclemencia de julio y la ferocidad de enero, la escalera de la pobreza de aquellas gentes silenciosas, la pena cobre del candil de aceite, la salvación modesta del mendrugo reblandecido en una servilleta húmeda. Debió de ver con insistencia compasiva aquellas bolitas de alcanfor con que las gentes preservaban sus pocas ropas contra las dentelladas de los años. Debió de ver esa mirada popular que vigila los cielos en espera de una limosna de agua que sane la enfermedad de la sequía; debió de ver el niño de seis años esforzándose por alcanzar a ser adulto en la era de la trilla, en el arreo de las ovejas, en el prematuro silencio con que buscaba sombra para almorzar pan y sandía. Miró con atención, durante años, la tierra y la vida manchegas, oyó tal vez al fondo de su corazón el soliloquio fraternal de la misericordia, se preguntó quizá sobre en qué lugar de la patria habría de desplegar su inmensidad y su derrota aquel hidalgo «ciego de amor un día —amor nublole el juicio: su corazón veía—» (así supo expresarlo el cervantino don Antonio Machado), y entonces, iluminado ya por la paciencia y la justicia y el amor, debió decirse a solas en el cuarto de una posada: Don Quijote es manchego; aquí, en La Mancha, desplegará su desvarío y su esforzado ánimo, aquí caerá apagado por la desilusión y la vejez y rejuvenecido para siempre por la memoria, la piedad y el asombro de los seres humanos; aquí, en La Mancha, en esta derrotada porción de una famosa y derrotada España. Entonces se sentó a la mesa, tomó la pluma de ave, reflexionó quizá varias semanas, y al fin, titánico y cansado, alegre y viejo, con lentitud y decisión, escribió letra a letra una frase sencilla, pesarosa y perfecta: «En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...»

Félix Grande

«...sueños, terrores mágicos, prodigios,
brujas, fantasmas nocturnos y hechizos...»

Horacio



Turner:
Abadía de Malmesbury
(Acuarela y tinta. 1791)